

dad del peristilo: esta especie de edificio era en cierta manera la *bolsa* de los antiguos. La composición de las columnas me llamó la atención, todas son de ladrillo revestidas de estuco, lo que prueba que los romanos practicaban ya este modo de construcción mezquina completamente desconocido de los griegos.

Cerca de la Basílica está una casa notable por su situación y por la vista que desde ella se descubre; la visitamos en detalles. Como todas las habitaciones de Pompeya, tiene piezas tan pequeñas, que se tiene trabajo en comprender como era posible moverse dentro de ellas. Las alcobas están dispuestas alrededor de un patio abierto ó *atrium*, adornado con mosaicos como las otras partes de la casa, y en medio del cual se encuentra un pequeño hundimiento, destinado a recibir las aguas pluviales y llamado *impluvium*. A pesar del poco espacio, los habitantes estaban extrínsecamente separados: los hombres tenían su *andronitis*, las mujeres su *gynecæum*, adornado con un *peristylum*, y había por último los *cœnacula* para los esclavos; las bodegas, las cuevas y las cisternas estaban bajo el *atrium*. Esta disposición es casi la misma en todas las casas; algunas son un poco más grandes, otras están adornadas con bonitas fuentes de conchas y de pequeños mosaicos; en la mayor parte de las paredes se ven aún restos de ornamentación y preciosas pinturas. La pequeñez de las proporciones hace suponer que los habitantes de Pompeya, como hoy los de Nápoles, vivían mucho al aire libre. Tenían sobre todo su *Forum*, hermosa y ancha plaza con templos a derecha é izquierda, a la cual el Vesubio parecía dirigir una mirada amenazadora: allí se goza plenamente de lo que forma el grande encanto de Pompeya, la maravillosa perspectiva.

No puedo encontrar en esos templos ni en esos monumentos públicos carácter alguno de grandeza ni de nobleza: el Acrópolis de Atenas, con su arquitectura tan ligera y sin embargo tan imponente, está todavía demasiado presente en mi memoria. Verdad es que se cometería una injusticia respecto de Pompeya, si se olvidase que no era más que una ciudad de muy poca importancia, y que debe su actual celebridad a las cenizas del Vesubio. Gracias a aquella catástrofe, se ha conservado un fragmento de la antigüedad con todos sus detalles, los cuales nos revelan de una manera casi in-

discreta un cuadro vivo de la existencia antigua. Es verdad también que lo que se ha trasladado de Pompeya al *Museo Borbónico* nos muestra solamente el esqueleto de la vida romana; puesto que a esos objetos se les ha quitado su alma, descomponiéndolos prosaicamente y doctamente, quizá con un pleno derecho científico.

Aun se distinguen las tiendas de las casas, y se pueden leer en las paredes algunos nombres trazados negligentemente con pincel; se ven todavía en las calles las rodadas de los coches y las piedras que servían para cubrir los arroyos, todo eso como un misterioso *memento mori*. Pompeya es encantadora en sus ruinas; pero al mismo tiempo es lúgubre: sus pequeñas habitaciones resplandecen con vivos colores, como cadáveres cubiertos de afeites; las paredes están impregnadas con la vida de ayer, que ha tenido necesidad de una noche de cerca de dos mil años para venir a ser la vida póstuma de hoy. Fácilmente se creería uno en el teatro de algún vasto incendio, mas bien que en un lugar descubierto por exploraciones minuciosas, y esta impresión perjudica mucho a la grandeza del efecto. Casi todos habíamos perdido nuestras ilusiones. Cuando se ha visto esta ciudad una vez, en cierta manera ya se tiene bastante, mientras que las antigüedades de Grecia se contemplan siempre con un placer nuevo. Pompeya es un comentario instructivo para uso de los eruditos; Atenas es una epopeya agradable y seductora. Hasta hoy no se conoce más que una cuarta parte de la ciudad, y se tiene esperanza de descubrir todavía una gran cantidad de cosas interesantes.

Hicieron una excavación en honor nuestro: la ceniza fina se desbarató y aparecieron algunos vasos y una concha de mármol; pero fueron bastante..... generosos, porque no sé de que otra expresión servirme, para no darnos en memoria ningún trozo. Con el pensamiento veía yo figurar las conchas en mi pequeño jardín, porque había leído siempre que jamás se rehusaba a los extranjeros algunos de los objetos descubiertos en su presencia: este desengaño, como era natural no contribuyó mucho a hacernos agradable la excursión de hoy.

Dos cosas solamente me hicieron impresión: las *arenas* construidas de piedras macizas, y la ciudad de los muertos, la *calle de los Sepulcros*. Las arenas, aunque mucho más chicas que las de Vero-

na y de Pola, no dejan de tener un carácter grandioso, son ruinas sombrías, como a mí me gustan, cubiertas a trechos por una fresca verdura, y rodeadas de una perspectiva verdaderamente celestial, que la tarde del Mediodía con sus tintes paradisíacos, revestía con una suave y melancólica poesía. La calle de los Sepulcros en medio de la oscuridad que comenzaba a llegar, era grave y majestuosa, sin tener nada de siniestro. Entre aquellos sarcófagos misteriosos encontré a Pompeyo, tal como me lo había figurado: la tarde envolvía todas las cosas con una discreta semioscuridad, dejando a la imaginación el campo libre para adivinar y suplir lo que faltaba. La semioscuridad conviene al pasado y a la muerte, mientras que la clara luz del sol descompone muy claramente los objetos y deja percibir demasiado los detalles y las faltas: una antorcha ó bien la luz de la luna es lo que conviene a las tumbas, y Pompeyo no es otra cosa.

Rada de Nápoles,
13 de Agosto de 1851.

La mañana de hoy estaba consagrada a la prosa interesante, a la útil é instructiva realidad; íbamos a visitar la escuela de marina, los arsenales, los navíos y el Petrarsa, ingenio recientemente establecido para la construcción de máquinas; prosa excelente, que en estilo nítido y conciso, y en lenguaje enérgico, enseña al extranjero que allí donde está la voluntad, la acción no puede faltar. Los arsenales no son en todas partes mas que actividad y trabajo; en todas partes el martillo hiere, y el hierro es forjado; en todas partes se pueden ver aplicar los descubrimientos más modernos de la ciencia militar.

La grande creación del rey, el objeto de su predilección por excelencia, es el Petrarsa, que ha hecho construir al borde de la mar, entre Nápoles y Portici. Este establecimiento es grandioso, relativamente á la importancia del reino: puesto en movimiento por el vapor, los brazos de las máquinas trabajan sin descanso; en todas partes se ve y se siente el ardor de la flama diligente que rivaliza en intensidad con el sol del mes de Agosto, y en medio de esta actividad devoradora del siglo de las máquinas, se extienden calzadas elegantes adornadas de verdura y de flores; el agua que sirve

para la fabricación de algun instrumento de guerra, riega al mismo tiempo el mirto y la adelfa, y alrededor de las fuentes y las columnas de fundición, las plantas enredaderas enlazan sus graciosos festones. La poesía quiere asociarse aquí al trabajo material, pero no lo consigue sino a medias; a pesar de las rosas y del rumor de las fuentes, el carbon siempre despidе humo y el vapor silba.

Dos cosas han llamado mi atención en los establecimientos que visitábamos hoy: la enorme cantidad de presidiarios, vestidos de encarnado, arrastrando con el pié sus pesadas cadenas, que nos rodeaban por todas partes, y los innumerables bustos y retratos del rey. No me gusta que una baja lisonja multiplique en cada lugar la imagen del soberano, para cambiar despues sus retratos, a su muerte, como un par de guantes. El juicio pertenece a las generaciones subsecuentes, y a ellas toca transmitir a la posteridad la imagen verdaderamente digna de gloria.

Si la mañana nos había ofrecido una prosa instructiva, la tarde nos procuró el goce de una suave y melancólica poesía. Seguimos una larga calzada: a derecha é izquierda, las fértiles llanuras de la *Campagna* eran regadas por ruedas hidráulicas, que pobres asnos hacían girar con una paciente y sencilla obediencia; por el polvoso camino pasaban los mas extravagantes carruajes, resonando con su batahola y su música; los mendigos y los ciegos, erraban titubeando a nuestro alrededor: todo era vida y movimiento. Mas hé aquí, que despues de haber pasado una puerta de piedra, nos encontramos trasladados entre mirtos y laureles, rosas y cipreses: en una nueva ciudad adornada con pequeñas casas griegas y egipcias, góticas y romanas, con pequeños templos y obeliscos, monumentos é inscripciones; hácia el centro, una elegante cúpula y un monasterio, todo en el seno de la mas fresca verdura, del mas embalsamado océano de flores, y embellecido con la perspectiva mas admirable sobre Nápoles y su golfo encantado! En semejante morada, se siente uno tentado a exclamar con el Apóstol: "¿Señor, levantemos aquí nuestras tiendas!" Y sin embargo, ¿quién lo diría con toda su voluntad? . . . ¡Habíamos llegado al cementerio de Nápoles! cementerio sensual y florido; pero grave é imponente.

Los innumerables templecitos que llenan las calzadas, son de un estilo enteramente pagano, y no se comprende esa manía de adornar su tumba venerable con murciélagos, columnitas y lámparas egipcias como un templo de Apis.

Pero el *Campo Santo* tiene un punto central, verdaderamente cristiano, que infunde en el corazón una dulce melancolía, y es el claustro de los Capuchinos con la celda de un monje que nos servía de guía. Este monje tenía una fisonomía hermosa y noble, y sus palabras estaban impregnadas de candor y mansedumbre; palabras de un verdadero religioso, que semejante a un ciprés plantado a la orilla de una tumba, con sus raíces penetra la tierra húmeda, mientras su copa se eleva tristemente al cielo en busca de luz y de rocío. El digno hermano, no era de esos monjes que se asen con angustias al árbol de la cruz; su rostro juvenil y hermoso, radiaba de inteligencia y de saber, y su mirada limpia y profunda, parecía ser el espejo de una alma superior. No creí nunca encontrar una figura tan sublime en Nápoles, país de placer tumultuoso y de la eterna alegría. Verdad es que nosotros estábamos en la ciudad de los muertos; pero, ¿cómo la muerte es tratada en Italia? Tan luego como una pobre alma entra en agonía, parientes y amigos la abandonan, y el difunto es llevado a toda prisa al cementerio, que se tiene cuidado de que esté lo más lejos posible, con el fin de no dejar ningún *memento mori* a la vista de los vivos entregados a los placeres y a la embriaguez de la vida. En seguida se levantan, en honor de los difuntos, monumentos artísticos, y sus despojos se encierran en elegantes templetos; pero todo esto es frío y pagano, y no vale las piadosas lágrimas con que entre nosotros se riegan las flores de las humildes tumbas.

Subiendo a la azotea del convento, se goza de una perspectiva verdaderamente incomparable.

La tarde estaba tranquila y pura; el sol se hundía en el horizonte, y delante de nosotros se extendía Nápoles y su mundana magnificencia, con sus palacios y sus museos, sus casas de campo coronadas de flores y de verdura, y toda ella con su fisonomía alegre y sensual. Las aguas doradas del golfo bañaban las riberas encantadas de Castellamare, y en medio de bosques de naranjos, aparecía la poética Sorrento, la ciudad de las mujeres hermosas. Un

vapor violado envolvía el Vesubio: la rica y fértil *campagna*, se desarrollaba a nuestros pies; y formando la atmósfera que nos rodeaba, el perfume de las flores, el susurro de los cipreses y de los laureles, y las voluptuosas caricias de la brisa de la tarde, en medio de fastuosos monumentos de mármol, la muerte extendía su imperio. ¿Qué alcanza, alegres napolitanos, vuestra agitación sensual? ¿adónde vais así bailando? Vais a la tumba, y bien pueden los mirtos esparcir su perfume, y ostentar la rosa sus brillantes colores, y las adelfas y los laureles armoniosamente estremecerse, resplandecer el mármol y ostentar orgullosas inscripciones... La tumba, la fría tumba, es el siniestro término de la terrestre peregrinación.

«La paz sea con vosotros.» Tal era el presentimiento que parecía exhalar de la humilde celda del monje capuchino. Algunos tiestos de albahaca, un piano viejo, una jaula con un huésped solitario, formaban el adorno de esa mansión, pero a través de la gótica ojiva, la mirada podía extenderse sobre la voluptuosa perspectiva. Una celda semejante en el silencioso jardín de la muerte, con la vista sobre el vasto mundo, entre la púrpura de la tarde y sobre el mar infinito, elevan al corazón que se ha conservado sencillo y puro, hacia esas serenas alturas, a pesar de las tentaciones del mundo que lo rodean. El bello monje y su celda, me recordaron dos encantadoras pinturas que en otro tiempo había visto: la una representaba a un pajarillo revoloteando a los pies de un buen religioso; en el otro se veía al hombre de la soledad sentado delante de un órgano, y creíase oír la poderosa melodía resonando en los campos, escapada a través de las ventanas góticas. Así también mi corazón estaba inundado de melodías inefables. No hay más que un instrumento capaz de producir sonidos semejantes, y es, el arpa éolica con sus acordes llenos de melancolía y de dulce languidez..... ¡Ah! que no pueda el alma humana, delirante y enferma, de esta manera también exhalar en la muerte!

¿Por qué, llenos aún de estas poéticas impresiones, encontramos, al volver, en la oscuridad de la noche, el carro fúnebre? Aseméjase esto a una horrible mascarada; pero la Italia, en lo general, no es otra cosa, que un personaje disfrazado, vestido de colores brillantes, recamados de oro, con una máscara triste y sombría, y bajo esta máscara unos grandes ojos de fuego.

A poco las sombras y los terrores de la muerte habian acabado para nosotros, porque de vuelta en la ciudad, nos vimos envueltos en el torbellino tumultuoso de su vida popular. Luces y antorchas por todas partes, y en todas direcciones alegres cantos y gritos de regocijo: el *macaroni* formaba una cadena no interrumpida entre los calderos y las hornallas: las frituras chispeaban en todas las tiendas. Con su indolencia proverbial y en continua agitacion, el pueblo de Nápoles consumia su corto salario en el lugar mismo donde en otro tiempo el rey de los lazaroni era llevado en triunfo y volvíase loco con su demasiada prematura gloria. Nosotros recorriamos las calles lentamente, porque mucho nos divertia su aspecto tumultuoso. Veíamos al pueblo comer los macaroni, operacion poco graciosa, pero una de las mas cómicas y en la cual los napolitanos no pueden calificarse de mejor manera, que con la palabra francesa *glouton*.

Terminamos nuestro dia y nuestros estudios de costumbre con la visita a dos teatros pequeños de último orden, a uno de los cuales se da el nombre de *San Carlino*, en el que se representan farsas en dialecto popular. Polichinela hacia allí el principal papel, con su voz áspera y chillona, y bien pudo haber regalado a su pequeño auditorio con juegos de palabras chinas, en concepto de que no me habrian parecido ménos difíciles de comprender que ese flujo de articulaciones desagradables, que a pesar de mis conocimientos del italiano clásico no pude comprender, porque la representacion era en lenguaje napolitano. Dos cosas me parecieron muy extravagantes en San Carlino: la primera, que hay necesidad de bajar de la calle al teatro, absolutamente como una cervecería subterránea; la segunda fué que los anuncios eran tan grandes y tan numerosos que con ellos se podian tapizar todos los palcos: en cuanto a que tuviese alguna semejanza con San Carlo, como me habian dicho, no hay que creerlo; equivaldria a tanto como comparar un hermoso caballo con un perro dogo, por la única razon de que ambos tienen dos ojos y cuatro piés.

En el otro teatrillo, que por sus dimensiones liliputienses seria ridículo llamar teatro, se parodiaba al célebre prestidigitador Philippe, que habia estado en Nápoles hacia poco tiempo. En cierto momento una mujer vestida con un pequeño pantalon blanco,

magnetizada por uno de sus compañeros, se acostó balanceándose en una delgada barra; aquello produjo una explosion general de entusiasmo y los aplausos estallaron por todas partes.

Rada de Nápoles,
14 de Agosto de 1851.

Se ostentaba el sol radiante en el cielo y dirigia sus rayos sobre la mar chispeante, cuyas olas doradas cortábamos rápidamente en un buque de vapor. Ibamos a Capri, la mansion encantadora del voluptuoso Tiberio. Esta travesía a que da tanto atractivo la vista del golfo incomparable, fué aun mas preciosa para mí por la amable conversacion del conde Aquila. Un bote nos llevó hasta la fresca arena de la ribera que se levanta en forma de pintoresco anfiteatro y cerca de la cual nos esperaban caballos y asnos para conducirnos a las ruinas del palacio imperial.

Mi real guía, que teme demasiado el calor fuerte, se quedó en el buque, y queria hacerme llevar un quitasol; però yo rehusé estoicamente, sosteniendo que los hijos del Norte soportamos mejor el calor que los habitantes del Mediodía.

Subimos al galope la altura que se encuentra al costado de la ribera, ya entre rocas de formas pintorescas, ya en medio de jardines y de casas de campo, con una perspectiva admirable sobre la mar, cuyas aguas transparentes permitian adivinar sus brillantes y misteriosos abismos. De todas las regiones del golfo, Capri es la que tiene mas pronunciado el sello de su naturaleza meridional. Esta isla es el luminoso asiento del poder del sol, tal como lo he visto en mi bella y admirable Grecia: esto no es Italia, es algo mejor que Italia; las puntas de las rocas resplandecen con la caliente y sublime luz de los rayos *absorbidos*, y en las costas pedregosas aparece ya la vegetacion exuberante de una zona mas ardiente; a sus piés espira la suave y armoniosa Italia con sus dulces cantos del Petrarca, para hacer lugar a una naturaleza mas salvaje, a una pasion mas intensa. Italia es un soneto voluptuoso, cantado por bocas afeminadas: esta isla es como las riberas del golfo de Lepanto, un poema inflamado y mágico, en el que se reflejan todos los ardores terrestres. Si yo fuese un rico napolitano,

establecería mi habitación en Capri, y me bañaría con ese sol, que mientras en Nápoles debilita, aquí fortifica. Los habitantes participan de la naturaleza del clima: son bellos y vigorosos; sus ojos brillantes y negros expresan la pasión; sus dientes son los más hermosos que pueden verse en el mundo.

Cabalgaba yo tranquilamente atravesando los jardines, cuando de repente percibí, galopando delante de mí en un asno pequeño, a un anciano vestido con un sayal oscuro, y que llevaba en los brazos unas alforjas de limosnero, completamente llenas: era un buen fraile, y como por costumbre me gusta conversar con esas gentes, aguijoneé mi caballo y lo alcancé.

Mi fibra romántica fué singularmente excitada, cuando comprendí que el personaje en cuestión, era un ermitaño, el primero que yo había visto en mi vida. Ya he manifestado, al referir nuestra ascensión al Vesubio, mi deseo de ver uno de estos seres, y este deseo se veía hoy satisfecho de la manera más extraña y más cómica: ¡el que en su asnillo cabalgaba a mi lado, era un piadoso solitario que me sonreía amistosamente! Hablando con verdad, a primera vista su aspecto era ridículo: el paso precipitado del buen hombre, las orejas largas de su cabalgadura, cuyos costados eran continuamente sacudidos por las sandalias y por los pliegues flotantes del sayal, las alforjas golpeando sobre la grupa del animal, y el jinete, que para conservar su equilibrio, tenía que hacer ciertos ejercicios de volatin, que descubrían un pié contrahecho y notablemente pequeño; todo eso formaba un contraste singular, con la fisonomía tranquila y grave que los novelistas atribuyen ordinariamente a estos seres retirados del mundo.

Nos dirigíamos al mismo punto, pues venimos a descubrir que el ermitaño habitaba justamente las ruinas del palacio de Tiberio. Los vestigios del antiguo esplendor imperial, se reducen a poca cosa: algunas paredes desplomadas, bóvedas sin adornos, mosaicos medio borrados, y el principio de una vía subterránea que debió servir de comunicación secreta al emperador, entre el palacio y la mar. Estas ruinas, llenas de plantas salvajes, espesas y pintorescas, son insignificantes, y sin embargo, inspiran una gran admiración por la inteligencia de Tiberio. Aquel príncipe escogió para su residencia, uno de los más bellos sitios del mundo, y

esta es una sabiduría, que rara vez se encuentra. No temía subir, y por esto se pudo proporcionar desde lo alto de sus terrados, el espectáculo del golfo encantador, del imponente Vesubio con su columna de humo que sube misteriosamente hasta los cielos, de la profunda filosofía de la mar inmensa, y todo a la distancia conveniente que fundía los detalles y los transfiguraba. ¿Se puede imaginar vista más hermosa y algo más bello que tenerla en su casa? El dueño del mundo tenía aquel placer: ahora disfruta de él un ermitaño, que parece haber establecido su retiro en estos lugares, más bien a causa de los numerosos extranjeros que vienen, que por una piadosa repugnancia a las cosas de la vida: sus pensamientos parecen exclusivamente dirigidos hacia la tierra. El nos confió que el aire de que goza en aquella altura hace treinta años, si no me equivoco, le daba un apetito maravilloso, que satisfacía muy imperfectamente con los escasos donativos de la aldea. A la sazón, regresaba precisamente de una excursión de esta naturaleza. No es enemigo de los obsequios metálicos, y un anuncio en frances, fijado en su celda, advierte a los extranjeros que a él le den la piadosa ofrenda, y no al *cicerone*. Un ser de esta última categoría, nos acompañaba naturalmente: era un tipo bastante travieso de viejo malicioso; habiéndole preguntado alguno de la comitiva, si el ermitaño vivía siempre solitario, respondió malignamente: "*Non si sa.*" El pobre calumniado nos trajo el mal vino de Capri, y un registro de extranjeros. Nos sentamos, y él se puso a tocar en la flauta, canciones poco edificantes: desapareció entonces toda dignidad; y el sayal, las sandalias y los modales malignos y sensuales, hacían un efecto diabólico. ¡Cuán diferentes deben haber sido los ermitaños de la Tebaida!

Nos enseñaron la roca desde donde el tirano precipitaba en las olas a los desgraciados de quienes quería deshacerse: allí se ve la mar límpida y trasparente como un grande ojo tranquilo; pero este ojo tiene, como el del hombre, sus profundidades misteriosas. Muestran también a los extranjeros una torre blanca, a la cual subía el déspota para observar las estrellas: es que las almas turbadas, leen frecuentemente la desgracia y la amenaza del peligro en las eternas y silenciosas órbitas de esos mismos astros en que otras almas toman el consuelo.

Nos reunimos en una bonita casita, entraron algunas hermosas hijas de Capri, y el espectáculo que nos dieron, me inspiró los versos siguientes: ¹

¿Qué se oye resonar en las rocas de Capri?—¿Qué se oye resonar alegremente en los aires?—Es en las manos flexibles y ágiles,—el pandero rápidamente agitado.

El ruido aturde cada vez mas.—¿Qué es pues ese loco torbellino?—Es la Tarantella de Nápoles—en la ardiente luz de un cielo luminoso.

Gozan en alegre cuadrilla—las vírgenes de Capri, esbeltas y ligeras;—bailan con una gracia encantadora—que el arte no ha viciado aún.

En las bocas risueñas resplandecen,—como las perlas los dientes hermosos y blancos;—los ojos de las mujeres brillan,—y el corazón de los hombres late ardientemente.

Las manos reemplazan a las castañuelas,—con ellas tocan el pandero;—y el chasquido de los dedos rivaliza—con el pequeño instrumento español de madera.

Ora grave, ora mas fogoso—gira el círculo de flores vivas;—ora con fuerza, ora mas suavemente—resuena el pandero para la danza.

Entonces se vuelve a abrir a los acentos de la juventud,—un corazón hace tiempo encerrado en el pecho;—el pobre viejo *cicerone*—es excitado de nuevo por el deseo de bailar.

¹ LAS MEMORIAS DE MAXIMILIANO, ademas de algunas poesias selectas insertadas en el último volumen, contienen otras compuestas sobre diferentes objetos. (San Telmo, el Alcázar de Sevilla, los Sepulcros de los reyes moros, etc.) Reproducimos aquí, como muestra, y para que el lector se forme idea exacta del texto original, esta composición traducíendola PALABRA POR PALABRA. (Nota del traductor francés.)

Un ardor juvenil le despierta,—su vejez se siente reanimada;—y con nueva fuerza pretende—mover sus miembros entorpecidos.

El pandero hace oír un compás mas rápido,—los ojos de las muchachas brillan chispeantes:—y siempre mas fogosas resuenan las cuadrillas—en la ola vertiginosa de la Tarantella.

Los habitantes de Capri eran para mí una nueva prueba viva de esta verdad, que el carácter de un pueblo se manifiesta maravillosamente en sus bailes: bailaban la Tarantella con un fuego apasionado; pero que en su embriaguez salvaje, era a la vez de una belleza superior y de una noble sencillez. Me gusta la locura en los bailes nacionales, como tambien los instrumentos nacionales, y la Tarantella acompañada del pandero satisfacía en mí esta doble inclinación. Entre las mujeres que bailaban, había una voluptuosamente hermosa, notable por la expresión inflamada de sus miradas y la salvaje audacia de su sonrisa de bacante: sus dientes parecían dos hilos de perlas, y mientras yo la contemplaba, alguno murmuró á mi oído una aventura novelesca en que se mezclaba un nombre augusto. Durante el baile hicieron circular un refresco de todo punto campestre, higos de cactus (tunas) despojados de sus espinas. Finalmente, cada uno montó en lo que había venido, ya fuese en caballo ó en asno, y acompañados por las bailarinas, nos batimos en retirada, llenos del humor mas jovial.

En el camino pasamos por delante del patio y la calzada principal de una casa a que daba sombra un magnífico palmero: yo entré por un instante al jardín para admirar de mas cerca a este poeta del reino vegetal. Antes de regresar al buque de vapor, nos dirigimos al terrado de una posada, donde pudimos saciar otra vez mas nuestros ojos con la perspectiva siempre admirable de este rincón de tierra tan fecundo en bellezas naturales; y gustamos la fruta deliciosa que la comarca produce en abundancia.

Transcurrieron algunos instantes y el buque nos condujo á los bordes de la isla; allí se apoderaron de nosotros unas barquitas en miniatura mas rápidas que el viento: parecía que como en tiempo de la fábula, una varita mágica iba a abrirnos esos retiros